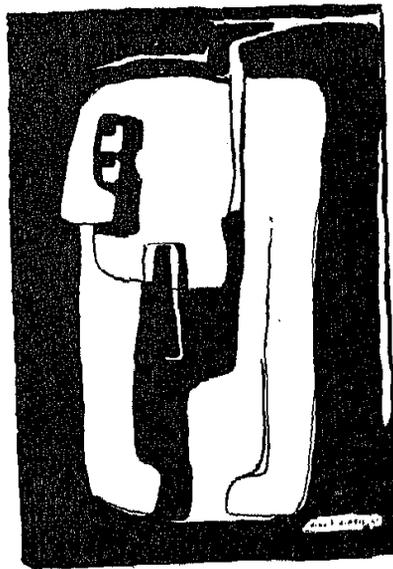


# NARRACIONES Y CUENTOS



. . . . .  
*se ha abierto un abanico de milagros  
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

## LA HIJA DEL CACIQUE

### Narración

Llevaba el pueblo el nombre de un santo, o de una santa, de esos que más fama gozan en la corte celestial, y se escondía entre asperísimas montañas, como huyendo de toda visita importuna y de toda indiscreta mirada.

Poseía en alto grado el pudor de su ignorancia, y la fe inquebrantable de los ciegos de nacimiento.

Pocas calles componían su recinto; pero en cambio tenía una buena parroquia de tres angostas y desnudas naves, con un elevado campanario en el costado izquierdo, desde cuyo crucero de fuertes vigas de tea, lanzaban sus autorizadas voces dos graves campanas y un atiplado y travieso esquiloncillo, regocijo de las devotas del pueblo.

Inútil es decir que la iglesia contaba entre sus numerosas y bien vestidas imágenes la de una virgen milagrosísima sobre toda ponderación, que sólo tenía en la isla dos rivales, aunque por lo apartadas que vivían entre sí, no le inspiraban serios temores de competencia.

El ayuntamiento, porque también era cabeza de municipio, se componía de las personas más sesudas de la comarca, celebrando sus reuniones en un largo y angosto granero, con honores de callejón, junto a cuyas agrietadas paredes corrían dos bancos de madera fijos en el suelo, sobre los cuales tomaban asiento los padres de la patria, descansando en ellos sus respetables humanidades, sin que la tabla la encontrasen dura, comparada con la contribución, las cédulas de vecindad y los consumos.

El secretario, mozo listo y despierto, era cobrador de contribuciones, maestro de instrucción primaria y sacristán de la parroquia, y tal era su destreza en manejar papeles, recibos y demás documentos oficiales, que con frecuencia solía imitar las firmas de sus superiores, para ahorrarles el trabajo de hacerlo por sí mismos.

Era el cura de redondeado abdomen, carrillos abultados, color blanco y sonrosado, labios sensuales y ojos expresivos. Su edad frisaba en los treinta, por lo que, no sin visibles apuros, conservaba la compostura propia de su sagrada investidura, tal era la fuerza innata de su naturaleza expansiva y retozona.

En la cúspide de esta agrupación de dóciles ciudadanos, fervientes católicos, y dudosos contribuyentes, se destacaba la vigorosa figura del cacique.

Designábase con este nombre semi—salvaje al alcalde del pueblo.

Cuéntase allá en libros viejos, plagados de notas y de eruditos comentarios, y escritos en sendas páginas, que hubo en tiempos remotos unos señores a quienes llamaban de horca y cuchillo, dueños incondicionalmente de vidas y haciendas, que vivían en unos grandes e inexpugnables castillos, rodeados de gente armada, y haciendo temblar a todos con un solo movimiento de cabeza. Y aunque se dice que eran muy grandes pecadores, porque en todo querían ser grandes, sabían que, fundando conventos y aniversarios de misas se les franqueaban las puertas del paraíso. Ahora bien, excepto en eso de tener castillos y fundar conventos, en lo demás era nuestro cacique la imagen exacta y fiel de aquellos señores de horca y cuchillo, aunque chapado a la moderna.

Su casa estaba situada, y lo está todavía, en un collado o pequeña eminencia cubierta de árboles, como si de ese modo quisiera manifestar ostensiblemente su dominación sobre el humilde caserío que a sus pies se extiende.

Hijo de un pobre arriero, nuestro cacique fue a Cuba en su juventud, y de allí vino a las Canarias, su patria, con sesenta años encima, algunos reumatismos agudos, muchos miles de duros en onzas españolas, un sombrero de Panamá, un lorito hablador, un quitasol rojo, y una hija, único fruto de su unión con una isleña palmera, que le dejó viudo antes de retornar a las islas.

Desde que llegó al pueblo elegido para su residencia, empleó una parte de su caudal en comprar muchas y muy buenas tierras y en dar el resto a interés que variaba, según las circunstancias y las personas, entre un cuarenta a un cincuenta por ciento anual.

La cuestión de elecciones, que había llegado a entenderla a la perfección, le llevó como por la mano al sillón presidencial del municipio, lo que unido a sus relaciones con los diputados y personas influyentes de la provincia, a su mucho dinero, y a su carácter terco, altivo y avasallador, le había colocado en la elevada posición de rey del distrito o de cacique del pueblo, como algunos envidiosos le llamaban desde lejos y *sotto voce*.

Casado a los 46 años, tenía 13 su hija al regresar con ella a Europa, habiendo tenido la feliz ocurrencia de dejarla en Madrid en un colegio de gran reputación, cuando atravesó la península desde Santander a Cádiz.

A los cinco años justos volvió nuestro cacique a Madrid para recoger a su hija, en cuyo viaje tuvo ocasión de visitar a muchos senadores y diputados por Canarias, y asistir a las sesiones del Congreso, donde oyó y aplaudió a los hijos de sus votos, trayendo al cuello una encomienda de Carlos III, que no contribuyó poco a aumentar el respeto de su subordinados.

## II

Acercábase por este tiempo la fiesta del santo del pueblo, en cuyo día era costumbre que el alcalde echase la casa por la ventana.

El cacique, queriendo dar a su hija una valiosa muestra de su importancia y poderío, y teniendo, además, en cuenta que aquel era el primer año de su llegada a la casa señorial, convocó al ayuntamiento a sesión extraordinaria para disponer y acordar el programa de la función, a cuya patriótica junta fue invitado también el señor cura.

En aquella memorable noche es fama que pasó lo siguiente:

El alcalde dio un fuerte palmetazo con el puño de su bastón sobre la desnuda tabla de la mesa, y todos tomaron asiento, ocupando el cura la derecha de la presidencia en una silla de becerrillo que se le trajo de la sacristía.

*Semos venidos* —dijo el condecorado cacique, luego que todos callaron—, para arreglarle un buen festejo al monigo-

te, por lo bien que lo ha hecho este año, lloviendo cuando se le ha pedido. ¿Estamos?

—Señor alcalde —interrumpió el párroco, dando a su voz una entonación seria—, vea usted que esa palabra de monigote...

—Eh, señor cura, ¿quién le mete a usted a defensor de pobres? Lo dicho, dicho. Yo no necesito de apuntadores. El santo es persona de casa. ¿Estamos? Métase usted en sus faldas y déjeme a mí dirigir estos belenes.

Calló el bueno del cura, y el cacique prosiguió su interrumpido discurso de este modo:

—Pues digo y repito ¿estamos? que el monigote merece este año una función lucida con fuegos y lucha, sermón de misionero, de esos que hacen brincar a las viejas y una música con mucho bombo y platillo ¿estamos? Ese es mi voto y ahora que hable el síndico.

A una invitación tan directa se levantó el aludido, que hasta entonces se había entretenido en quitarse los zapatos y acariciarse sus no muy limpios pies, y dejando caer la capa, dijo con voz altisonante:

—Señores y caballeros...

—¡Hombre! no sea usted bárbaro —exclamó el alcalde, dando otro bastonazo sobre la mesa—, aquí no hay más caballeros que yo por aquello de la cruz ¿estamos? Con que hable usted con todos, y no sea pesado.

—Pues yo digo —replicó el mozo— que lo dicho, dicho, y que así lo he leído en gacetas. Pues como iba diciendo de mi cuento, yo digo que la fiesta ha de ser campanuda, pero que se pague de las limosnas del santo, que para todo hay, y que no se lo coma todo el señor cura. He dicho.

—Alto ahí —gritó el párroco, justamente indignado—, esas limosnas no son del pueblo, sino de la Iglesia.

—¿Está usted seguro? —preguntó con socarronería el cacique.

—Vaya si lo estoy —replicó el interpelado, rojo como un tomate—, y al que se atreva a tocar las limosnas, ya tendrá que habérselas con el señor obispo.

—Todo se andará ¿estamos? —respondió el cacique, blandiendo el bastón que había oficio de campanilla, y di-

rigiéndose a otro concejal, añadió--: Ahora le toca a usted, tío palique.

—Boberías, señores, boberías... mi voto es que el señor alcalde como el más supino de todos, haga lo que le dé la gana, corte, zanje y destaje a su gusto y lo arregle todo con el señor cura, de manera que él sea siempre el señor de esta tierra, o como si dijéramos, rey disoluto de todo el pueblo. Señores, viva nuestro santo patrono, viva el señor alcalde.

—¡Viva! —gritaron entusiasmados los concejales, y se levantó la sesión yéndose todos a la taberna.

El secretario consignó en el acta que los regidores habían dado un voto de confianza al señor alcalde.

Desde esa memorable noche empezaron a levantarse arcs y cucañas, se encargaron cohetes, ruedas y otros artificios bélicos, y se ajustó en la próxima villa una banda de música con encargo especial de que tocase al ofertorio el himno de Riego. Por último, se dispuso que en la sala principal de la casa del cacique se diera un espléndido baile con acompañamiento de tortas y aguardiente anizado, cuya dirección se dejó encomendada al celo y buen gusto de la hija del alcalde, auxiliada por la mujer del secretario, persona de muchas y variadas luces, capaz de dar cima, si fuera hombre, a los doce trabajos de Hércules.

Los pueblos comarcanos se morían de envidia.

¡General expectación!

### III

Acercábase la víspera del Santo, y todo se hallaba en movimiento. Los hornos caldeados vomitaban rosquillas de todas formas y harinas; los árboles eran inhumanamente despojados de sus alegres ropas; algunos cohetes impacientes estallaban a escondidas sobre los tejados, como errantes cometas; y multitud de tiendas a manera de hongos, se levantaban en la plaza principal, ocultando bajo sus sucios pliegues toda clase de bebidas, preparadas para gargantas de hierro.

En un saloncito, caprichosamente decorado, estaba una mañana, de esas que precedían a la fiesta, la hija del cacique.

que, acompañada de su mentor, la digna mujer del secretario, confeccionando la lista de los invitados al baile, empresa erizada de espinas y con más rejos que un pulpo.

Era la hija del alcalde una deliciosa morena de 18 años, fresca, esbelta y elegante, que parecía trasplantada de un invernadero de exóticas y preciosas plantas, a una huerta de coles, rábanos y pepinillos.

Sus rasgados ojos negros, su despejada frente y su graciosa boca donde flotaba siempre una benévola sonrisa, formaban tan extraño contraste con lo que allí la rodeaba, esto es, con el pueblo y con su padre, siendo la ocasión de exclamar: ¿Para qué han dado educación a esta chica?

La mujer del secretario, moza robusta, atrevida y de inagotable charla, decía en aquel momento:

—Vamos, usted no conoce esta gente; es preciso ir con pies de plomo, si no invadirán el salón de baile toda clase de sabandijas. Vea usted; ya es mucho conceder que Panchita la tendera, con sus cuatro hijas, que parecen cuatro escopetas, tomen asiento entre nosotras, que somos lo principalito del lugar, pero como casi todos le debemos algo, es preciso pasar por ese trance. En cambio don Bartolito el tabernero, su mujer la fondista, la costurera doña Celedonia y el sastre don Rufo, a esos si que no se les puede convidar, porque son gentes de poco más o menos. La vinculada doña Gertrudis, aunque no se sabe hoy de lo que vive, y aunque su hijo se ocupa en reclutar gente de mal vivir, para el Brasil y Montevideo, son ambos descendientes de los Cuervos, apellido famosísimo en toda la isla y fuera de ella, y no se les puede olvidar.

La hija del cacique se sonrió, y la secretaria siguió hablando siempre, en estos términos:

—También es necesario convidar al guardamontes, al barbero y a los escribientes del ayuntamiento, porque si bien los dos primeros están siempre borrachos, y los segundos se llevan los dulces en los bolsillos, les estamos siempre ocupando. Le aconsejo a usted que no baile con ellos, tienen un olor que apesta. Debe usted reservarse para el juez municipal, el síndico, el teniente alcalde, el rematador de consumos y mi marido, aunque a decir verdad, usted sabe mejor que nadie lo que le conviene.

—No sé bailar—contestó la joven sonriendo.

—Ya aprenderá usted. De todos modos, vendrá Juanito el jugador, don Carmelo el mayorazgo y don Nemesio, el rematador del Pinar, y tendrá usted gente bien educada con quien podrá hablar por lo fino.

—Soy poco difícil.

—Sin embargo, la posición de usted...

—No piense usted en eso.

—Pues entonces, sólo nos falta el refresco, su papá quiere que todo sea bebida blanca, y yo no soy de su opinión. Si los hombres ven muchas botellas no pasan al salón de baile, sin contar con que después habrá mucho de palos y pedradas.

—Pongamos flores en lugar de botellas—repuso la colegiala.

—¿Y dónde están esas flores? Ya sabe usted que su papá las aborrece, y no consiente en sus terrenos más que papas, millo y cebollas.

—¡Qué horror!

—Aquí sólo las tiene el médico

—¡Médico? ¿Hay aquí médico? No le conozco.

—Y muy famoso; sólo que, como su papá no lo puede ver ni en estampa, y le ha quitado la renta del pueblo, no hay que contar con él.

—¡Es lástima! ¿Y cual ha sido la causa de su enojo?

—Pues diré a usted. En las últimas elecciones quería su papá que todos votaran, como es justo, al diputado que está con el Gobierno, el cual le ha prometido una baja en las contribuciones y una licencia para cortar leña. Pero de repente ese señor médico que ni oye misa ni confiesa, se le antoja oponerse a la voluntad del señor alcalde alegando que el diputado es un bribón, que no sirve más que para encubrir picardías y otras barbaridades semejantes. Vea usted que tendrá él que ver con eso... un dependiente del municipio... Al saberlo su papá grito enfurecido: «*A sitiario por hambre fuera del presupuesto*». Y después de esto nadie le llama en el pueblo aunque esté expirando.

La joven hizo un movimiento de disgusto.

—No importa—contestó—iremos a pedirle flores.

—Yo no la acompaño a usted, porque su papá nos deja cesantes.

—Iré sin usted. ¿Está lejos?

—A la salida del pueblo... Pero... ¿está usted decidida?

—Vaya.

—Mire usted que el señor cura la excomulga, y su papá va a tomar un berrinche... Usted no le conoce.

—Pierda usted el miedo, arrostraré las iras de las dos autoridades. ¿Vive solo? ¿Es casado?

—No señora, vive con su madre, que es de la misma madera del hijo. Cultivan una finca propia que les produce lo bastante para vivir con holgura. No parece sino que el diablo les favorece; todas sus cosechas son buenas.

—No serán tan malos como ustedes creen.

—No será yo quien lo diga... es verdad que en otro tiempo, cuando eran amigos, su papá le elogiaba mucho. Decía que era un sabio y la madre una santa, pero después...

—Tengo deseos de conocer a esos herejes: iré con mi vieja Pepa.

—Yo me lavo las manos.

—No tendrá usted que sentir por este capricho mío; yo asumo toda la responsabilidad.

Y la joven dio con estas palabras por terminada la conferencia, acompañando su despedida con cierto movimiento de cabeza, que indicaba al menos que ella era tan terca como su padre.

#### IV

Por fin, ha llegado la víspera del gran día. Pero ¿por qué la gente se arremolina, afluye a la plaza, y se divide en corrillos, grita y manotea, pregunta y se revuelve en todas direcciones sin orden ni concierto? ¿Por qué los maestros en pirotécnica permanecen con las ruedas y devanaderas en el aire, la boca entreabierta y el brazo extendido, sin atreverse a colocar las sorprendentes piezas? ¿Por qué sale el cura precipitadamente de la iglesia, sin manto ni sombrero, y corre, más bien que anda, hacia la casa-palacio del cacique?, ¿por qué le sigue su acólito el sacristán con la misma precipitación y azoramiento? ¿Están los moros en la isla o ha asomado su verdosa faz el cólera morbo asiático?

Triste es decirlo; la fiesta que tan alegre se preparaba, se ha visto de pronto interrumpida en sus albores por la alarmante noticia de que el señor alcalde ha sido atacado de una apoplejía fulminante.

Habíase levantado con las estrellas y daba sus últimas disposiciones a sus numerosos criados y arrendatarios, como un general que va a entrar en batalla, inspeccionándolo todo por sí mismo, sin dar señales de disgusto por las flores que llenaban el comedor, cuya procedencia tal vez adivinaba, cuando de improviso, y a consecuencia de una carta de su procurador donde le anunciaba haber perdido una demanda por él apelada y seguida con gran ensañamiento, se le vio poner pálido, luego encendido y después amoratado, desplomándose enseguida sobre las losas del patio con un bramido horrible.

Lleváronle desde allí al lecho, en donde le encontró su hija, atraída por los gritos de la servidumbre.

Pocos momentos después llegaban el señor cura, el sacristán y algunas personas de lo más granado del pueblo, llenándose en breve la alcoba.

En medio de aquel lamentable suceso todos hablaban y ninguno se entendía, ni acertaba a dar un provechoso consejo.

El cura pretendía que lo primero era traer al moribundo los santos sacramentos, y firme en su propósito, salió con el sacristán a cumplir su buen deseo.

La joven, entretanto, se había serenado un poco, procurando sobreponerse a su dolorosa angustia, y observando que nadie se ocupaba de combatir la enfermedad, considerando a su padre como un hombre muerto, llamó a uno de sus criados de confianza y le mandó que fuese inmediatamente a llamar al médico.

Tan extraño mensaje, tratándose de una persona que estaba en entredicho, no dejó de producir cierta sorpresa en los concurrentes, que sin embargo, tuvieron la prudencia de callarse, porque bien se les alcanzaba que aquella chica iba a ser la heredera y señora del pueblo.

Alguno, más atrevido que los demás, se aventuró a hacer la observación de que en la inmediata villa había otro médico de religiosas costumbres, que podría ser más útil al enfermo; pero la joven contestó con sencillez que

el caso era urgente y no se podía perder tiempo, añadiendo en alta voz, que ella tenía completa confianza en la ciencia del que había llamado, y no quería la asistencia de otro.

Mientras esto pasaba a la cabecera del enfermo, que continuaba privado de todo conocimiento, llegó el párroco con el viático, acompañado de su acólito y de los monaguillos con faroles y campana, seguido de casi todo el pueblo que invadió los patios, escaleras y corredores.

Arrodilláronse todos y empezó la santa ceremonia en medio de un silencio interrumpido sólo por el estertor del moribundo y las oraciones de ritual.

A este tiempo había llegado presuroso el joven facultativo, deteniéndose a la entrada del aposento, donde se arrodilló como los demás.

Al fin el párroco, después de todos los ritos y ceremonias que la iglesia ha establecido para estos solemnes momentos, salió de la alcoba, acompañado de las principales personas del pueblo, no sin observar la llegada de su aborrecido enemigo, a quien lanzó al pasar una mirada poco evangélica.

Luego que el aposento se vio libre de aquella multitud indiferente y curiosa, Consuelo que así se llamaba la hija del alcalde, se adelantó hacia el médico, y tendiéndole una mano, mientras con la otra se llevaba un pañuelo a sus encendidos ojos, le dijo con entereza:

—Venga usted pronto, señor don Juan, y vea usted lo que hay que hacer en tan apurado trance.

El joven se inclinó respetuosamente, dejó sobre una silla su sombrero, y avanzó con paso rápido hacia el lecho, deteniéndose junto al enfermo, que seguía siempre en el mismo estado de mortal sopor.

Después de examinarle un breve espacio, se volvió a la joven que le observaba con ansiedad, y le hizo algunas preguntas sobre los actos y sucesos que habían precedido al ataque.

—El caso es grave—dijo luego que se enteró de todo—y no es fácil que se pueda dominar el mal. No se lo oculto a usted, porque es una persona de sano juicio que no pide imposibles. Haremos, sin embargo, lo que para estos casos extremos ordena la ciencia, y puede usted estar persuadi-

da que lo miraré con el mismo interés que si se tratase de salvar a mi madre, que es lo que más amo en este mundo.

Después de una pausa añadió:

—Valor, y ayúdeme usted. Voy a sangrarlo; pero, por Dios, que nadie entre en este aposento ni trate de molestar al enfermo, porque entonces no respondo de nada. Necesito ser dueño de la casa por algunas horas.

—Lo será usted. Nadie vendrá a interrumpirle. Ordene usted que aquí hay quien puede y quiere cumplir sus órdenes.

En virtud de esto, el facultativo recorrió rápidamente la casa, impuso a todos completo silencio, negó la entrada a toda visita, hizo algunas recetas que envió a la más próxima farmacia, abrió su botiquín, y se instaló a la cabecera del enfermo, asistido de una vieja mulata que Consuelo había traído de Cuba y de dos o tres criados fieles servidores de su ama.

## V

No sabemos si por burlar los pronósticos del señor cura o por rehabilitar la perdida clientela del médico, o tal vez, y esto es lo más seguro, por ser consecuente con su carácter duro y tenaz, ello es que el cacique recobró el conocimiento y volvió lentamente a encontrarse en el mundo de los vivos.

No pasó esto tan sencillamente como nosotros lo contamos. Hubo largas noches de insomnios, muchos días de duda y esperanza, y momentos en que el mal parecía reírse de los reactivos y de las misas ofrecidas al milagroso santo del pueblo.

Por último, el médico que no había abandonado la casa un solo día, declaró vencido el mal, aunque bajo la penosa e ineludible condición de quedar el enfermo sometido a una tutela casi infantil. En efecto, el coloso ante el cual temblaba aquel distrito, y se doblegaban los caracteres más indómitos, se había convertido en un niño impotente que daba algunos vacilantes pasos, apoyado en el brazo de su hija, recordando apenas el estado de sus negocios e indi-

ferente a las grandes cuestiones de dominación local a que había dado preferente culto, desde que era alcalde.

Como una consecuencia de esta nueva situación, todos sus deudores, que eran muchos y por obligaciones privadas, como es uso y costumbre entre labradores, se negaron al pago, burlándose de la inexperta joven, que había intentado enterarse de los negocios de su padre y hacerlos entrar en orden.

Por fortuna la propiedad inmueble era buena y bien saneada, produciendo anualmente de cinco seis mil pesos, cantidad suficiente en la provincia para asegurar a la chica una existencia independiente y holgada.

Al mismo tiempo un cambio ministerial privó a nuestro cacique de las influencias personales que lo habían sostenido, de cuyo cambio, aprovechándose hábilmente el cura, presentó como candidato a la alcaldía a un tío suyo, que acababa de llegar de América y de establecerse en el pueblo, abriendo un almacén de bebidas con un apéndice de libritos con estampas, vida de santos, rosarios, agua del Jordán y aceitunas del monte Olivete.

El cacique fue, pues, destituido, y en su lugar se elevó la influencia clerical, tanto más omnimoda y avasalladora, cuanto el impotente propietario, inspiraba menos temor.

El municipio, queriendo vengarse de los años de humillación que el cacique le había impuesto, decretó con inusitados bríos, que el farol que alumbraba la calle donde estaba aquella odiosa casa, se apagara para siempre. Asimismo acordó que fuese el último en la elección de carnes del matadero, que se le quitase la silla de brazos que tenía en la iglesia, que se le aumentase la contribución y que nadie le quitase el sombrero ni le diese el tratamiento de usía.

Entretanto, el que era objeto de estos severos acuerdos, indiferente a las pompas y glorias de este mundo, se paseaba en su sala, mirando con ternura a su hija y escuchando con indecible placer su dulce voz.

Un día de primavera, de cielo azul y aromática brisa, detuvo el enfermo sus pasos delante del terrado y fijó sus cansados ojos sobre la verde campiña, aspirando con delicia el perfume de las flores silvestres, y oyendo el revuelto trinar de los pájaros.

En esta posición le sorprendió el médico que aún le visitaba por mañana y tarde, y al observar su arrobamiento, adivinando lo que pasaba en su alma, cerrada hasta entonces a toda dulce emoción, le dijo:

—Esta tarde le llevo a usted a mi casa. Allí hay flores, árboles y pájaros.

El anciano volvió los ojos a su hija, como pidiéndole consejo, que ella sonriéndole se apresuró a prestar.

Aquella tarde los vecinos del pueblo vieron con asombro al médico llevar en su coche al enfermo y su hija y dejarlos en su casa, conocida con el nombre de finca del liberal.

La hacienda era un pequeño oasis de cuatro hectáreas, que arrancaba desde la llanura y trepaba en sucesivos escalones a lo más alto de la montaña. La ciencia aplicada a la agricultura, había convertido aquel pedazo de tierra en una granja modelo, donde los rutinarios labradores sólo veían los efectos de una protección diabólica.

Penetrábase en la finca por una calle de espesos y copudos laureles que llegaban hasta el pie de una escalinata de piedra que conducía a una modesta casa rodeada de flores cuidadosamente cultivadas.

La madre del médico, que ya conocía al viejo y su hija, le salió al encuentro, y por consejo facultativo los recibió en una glorieta de madre selvas, donde el aire y la luz se tamizaban por entre las hojas acariciando al enfermo.

Nunca éste había sentido una impresión más agradable. Con placer profundo detenía sus ojos alternativamente sobre los árboles, las plantas y los sembrados, y luego mirando a su hija se sonreía enternecido.

No sabemos si en aquellos momentos recordaba, que en sus numerosas fincas había dispuesto arrancar todos los árboles y flores, porque estorbaban al desarrollo de las papas, del trigo y del maíz.

—Este sitio me recuerda mis primeros años —dijo el ex-cacique, respirando fuertemente—. Después fui, como Adán, arrojado del Paraíso, y he recorrido solo los desiertos de la vida sin encontrar en mi camino árboles ni flores. ¿He sido por eso más feliz?

—Olvídemos el pasado —le contestó su hija—, y goce-mos ahora del presente.

—Ya es tarde —murmuró el enfermo.

—Nunca es tarde para ser feliz --observó el médico.

—Mis días están contados.

—Todos están en manos de Dios —se apresuró a contestar su hija—, y tú, menos que nadie, tienes derecho a quejarte. ¿Qué te falta?

—Tienes razón .. resucité como Lázaro, y mi resurrección la debo al hombre a quien más cobardemente ofendí.

Y luego, dirigiéndose al joven, añadió:

—¿Me perdona usted?

—¿Quién se acuerda de eso? Pensemos ahora en obtener una cura radical, y no nos acordemos de viejas historias. Ya he dicho a usted en varias ocasiones que es preciso resolverse a dejar este país, ir a Europa y tomar baños. Sólo entonces responderé de la curación de usted.

—Estamos decididos —contestó la chica—, y sólo esperamos la memoria o informe que usted nos ha prometido.

El enfermo movió tristemente la cabeza y con acento grave dijo:

—No puede ser. Un hombre en el estado en que yo me encuentro no emprende tan largo y dudoso viaje, llevando consigo una niña que puede quedar huérfana en cualquier momento. Aquí al menos está en su casa, rodeada de personas que la quieren y respetan; pero en país extraño... no, no, es imposible, no lo acepto.

—Es necesario.

—Indispensable.

—Digo que no puede ser.

—Pero, papá, tu salud es lo primero.

—Sólo un medio habría —repuso el anciano después de reflexionar algunos instantes.

—¿Un medio?

—Sí, y muy sencillo... que se case antes Consuelo.

—¡Yol! —exclamó la joven vivamente sorprendida y encendiéndosele el color desde el cuello hasta la frente.

—¿Qué tiene mi proyecto de extraño? —replicó el padre—. Tú eres buena, bella y rica y es muy fácil que te cases. ¿No opina usted como yo, don Juan?

—En efecto —balbuceó el interpelado—, es un medio que resuelve la dificultad.

—Entonces será preciso casar a usted inmediatamente —replicó la madre—, su papá no puede esperar... Ea, sacrifíquese usted.

—Bien, bien— contestó Consuelo, procurando reirse—, lo primero será buscar novio.

—Lo buscaremos —repuso el viejo muy serio.  
Y aquella tarde no se habló más del asunto.

## VI

Pasaron algunas semanas. El enfermo adelantaba poco en la convalecencia. La joven justamente alarmada, temía a cada instante la repetición del horrible ataque, que entonces sería mortal.

Ya en otras ocasiones había sondeado las intenciones de su padre respecto a la posibilidad de emprender el proyectado viaje y siempre lo encontraba invariable y tenaz respecto a la idea del matrimonio.

Los paseos a la hacienda de los Castaños no se habían entretanto interrumpido, creciendo cada día la confianza y el cariño entre las dos familias.

Una tarde, mientras el anciano hablaba de su necesario viaje con la madre de don Juan, éste, obedeciendo a una muda invitación de Consuelo, sostenía con ella el siguiente diálogo en el paseo de laureles que daba entrada a la finca:

—Voy a hacer a usted una penosa confesión —dijo ella con los ojos fijos en el suelo y la voz turbada—; estoy resuelta a casarme, porque no encuentro otro medio de obligar a mi padre a emprender ese viaje de que depende su salud.

A estas palabras siguió un largo silencio, que el médico no interrumpió, y luego ella prosiguió de este modo:

—¿No es verdad que debo hacerlo? ¿Qué me aconseja usted?

—Si usted está resuelta ¿qué puedo yo aconsejarle?

—Lo estoy, sí; pero es porque usted me asegura que no hay otro remedio a su enfermedad.

—Es cierto... Sin embargo, el sacrificio de usted es digno también de tomarse en cuenta... Es decir, si usted se casa por sólo ese motivo.

—Diré a usted —repuso la chica—, yo, si es posible, procuraré que mi sacrificio no sea tan penoso...

—Ya... si usted encuentra un afecto puro, desinteresado, leal...

—Eso es....

—Entonces...

—¿Pero dónde encontrar esa persona? ¿La ha encontrado usted? Y digo esto, *no porque sea difícil amar a usted profundamente, sino porque en este país sólo hallará usted zafios labradores, nobles viciosos y arruinados o groseros industriales que no sabrán apreciar todo lo que usted vale.*

—¿En tanto me estima usted?—preguntó la joven sonriendo.

El médico se sonrojó, pero contestó sin vacilar:

—En mucho, aunque nunca en tanto como usted merece. Usted es un modelo de cariño y piedad filial. La que es buena hija, será siempre buena esposa. Ya ve usted que no le hablo de su hermosura, reflejo de su bellísima alma, ni de sus riquezas, que la colocan en una posición excepcional en este país.

—Mil gracias, amigo mío, por tan benévolo retrato, de cuyas inexactitudes no hablaré —contestó ella sonriendo siempre—. De todos modos, para evitar los inconvenientes que usted indica y otros que yo adivino, pienso hacer la elección por mí misma, aunque esto le parezca a usted poco correcto y un tanto atrevido.

—Eso dependerá de la elección.

—Si he de confesar a usted la verdad—prosiguió ella mirando al suelo y con el rostro encendido—, mi elección está hecha, y de acuerdo con mi padre, que la aprueba...

—Entonces...

—Pero es que necesito también la aprobación de usted... como médico y como amigo.

—¿La mía? Vale tan poco...

—Verá usted—prosiguió Consuelo temblándole un poco la voz—, voy a hacerle a usted su retrato, como usted ha hecho el mío, pero éste tendrá al menos el mérito de la verdad.

—Veamos ese retrato—contestó don Juan, con forzada sonrisa.

—Mi futuro marido—continuó ella—, tendrá de 26 a 27 años. ¿Le parece a usted demasiado joven?

—No, señora.

—Su figura es simpática y revela la bondad de su alma... porque ha de saber usted que es franco, honrado y leal.

—Pero carecerá de instrucción—se apresuró a decir el médico.

—Pues se engaña usted... Yo le encuentro tal vez demasiado ilustrado, y eso es precisamente lo que me tiene indecisa. Ama mucho la ciencia y se acuerda poco de Dios.

El joven se estremeció; algo como una nube oscureció sus ojos y la miró con ansiedad.

—Por lo demás—añadió ella—, no hay nada que decir; tiene un carácter noble y generoso, y aquel defecto creo que pronto desaparecerá. ¿No le corresponde a la esposa enseñarle a amar a Dios? ¿Qué le parece a usted?

—¡Consuelo!

—Vamos espero su respuesta. ¿Aprueba usted mi proyecto?

—Pero esa persona... ¿la conozco yo?

—Ya... usted pretende que le diga su nombre. Pero no, es preciso que usted lo adivine.

—¿Se ha declarado usted?

—Es muy modesto, y tal vez crea no merecerme, a pesar de lo poco que yo valgo.

—Calle usted ¿qué hombre habrá en el mundo que la merezca?... Usted, la más hermosa, la más noble, la mejor de las mujeres... Consuelo, usted se burla de mí, ese matrimonio no es cierto

—Bien sabe usted que lo es.

—¿Yo?... entonces ¿me permite usted hablar?

—Ya se ve. ¿Le parece a usted que no he hablado yo bastante?

—¿Esto es un sueño?

La joven se sonrió y añadió enseguida:

—Debo advertir a usted que si él me acepta y llega a ser mi esposo, no habrá cura que se atreva a echarnos las bendiciones.

—Todos, todos—exclamó él fuera de sí—, porque jamás volveré a dudar de Dios.

Y estrechándola en sus brazos, estampó en sus encendidos labios un beso, que selló para siempre su eterno amor.

Pocos instantes después volvían así enlazados al encuentro de sus padres.

El viejo cacique al verlos se levantó del asiento, y dirigiéndose a su atónita compañera, que estaba muy lejos de sospechar aquel desenlace, la dijo con voz conmovida:

—Bendígalos usted, señora, porque son dignos de ser felices. Yo también los he bendecido mil veces, desde el fondo de mi corazón.

\* \* \*

Hoy vive el cacique en Madrid, al lado de sus hijos, sin acordarse de Senados ni Congresos, y creyendo firmemente que la vida tranquila del hogar es la suprema felicidad en la tierra.

Su bastón de alcalde y su famosa encomienda los destina para que sirvan de juguetes a sus nietos.

AGUSTÍN MILLARES TORRES